

En nombre de Dios



JOSEP M.
Jordán Galduf *

La virulenta reacción de determinados colectivos islámicos ante unas viñetas sobre el profeta Mahoma publicadas en Dinamarca nos parecen sumamente desmedidas a los ciudadanos europeos. Denota la gran sensibilidad que existe en el mundo musulmán sobre los asuntos religiosos y, más aún, su gran susceptibilidad ante unos países occidentales que antaño les dominó y ahora cretales que les muestra una allanería y un menosprecio por su mayor nivel de desarrollo. Todo ello requiere una cierta comprensión y una respuesta positiva por parte europea. Sin embargo, la gran desigualdad existente en la mayoría de los países islámicos evidencia igualmente que sus clases dominantes taponan el desarrollo y utilizan la religión como una excusa para esconder sus propias responsabilidades. En nombre de Alá, en nombre de Dios.

Sin duda, hay una gran desigualdad en el mundo actual. Los 1.000 millones de habitantes que viven en los

países ricos tienen una renta media de 32.000 dólares anuales per cápita. Mientras tanto, los 3.000 millones de habitantes que viven en los países de renta media tienen unos ingresos per cápita de 6.500 dólares, y los 2.300 millones de habitantes que viven en los países de renta baja tienen unos ingresos por persona de 1.200 dólares. Estas enormes disparidades necesitan atenuarse. La pobreza alcanza unas proporciones escandalosas en toda África y en buena parte de Asia y Latinoamérica. Occidente debe implicarse mucho más en resolver este problema. Precisamente, esta semana tiene lugar en Valencia (de miércoles a viernes) un encuentro de cátedras Unesco de España, organizado por la Universitat de València, con el fin de debatir sobre desarrollo humano sostenible y diversidad cultural.

Ahora bien, las desigualdades no existen tan sólo a nivel internacional, sino que

abundan también en el interior de los distintos países. Es más, el grado de desigualdad es mayor, en general, en los países pobres, los cuales carecen a su vez, en su mayoría, de instituciones de gobierno democráticas. Los altos niveles de desigualdad tienden a conformar instituciones sociales que favorecen sistemáticamente los intereses de los más poderosos. En el mundo musulmán, numerosos dirigentes y grupos influyentes ven en la protesta radical ante Occidente una forma de amagar su inmovilismo, su dominación social y sus carencias democráticas.

Entre los países del mundo que ofrecen un alto grado de desigualdad aparecen precisamente Irán y Siria, donde la reacción ante las viñetas danesas ha sido más extrema. Ello nos indica que, además de la exigencia de una política redistributiva a escala mundial, existe también la necesidad de que se instrumenten políticas en pro de una mayor distribución de la riqueza y las oportunidades sociales en el interior de los países pobres. Las clases dirigentes de numerosos países islámicos habrían de dejar de esconderme-diante falsos pretextos de carácter religioso su escasa voluntad de progreso generalizado y, por el contrario, favorecer la posibilidad de que sus poblaciones consigan un mayor grado de libertad y participen de los altos niveles de renta y bienestar que la humanidad ha conseguido en la hora presente.

* Catedrático de Economía de la Universitat de València.

